JUAN CARLOS PADILLA

# EL SIGLO *de los* INDOMABLES

La pasión de
un tiempo legendario

Planeta

Juan Carlos Padilla

# El siglo de los indomables

Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Juan Carlos Padilla Estrada, 2014
© Ediciones Planeta Madrid, S. A., 2014
C/ Josefa Valcárcel, 42, 28027 Madrid
© Por esta edición, Editorial Planeta, S. A. , 2014
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: junio de 2014
Depósito legal: B. 10.381-2014
ISBN: 978-84-08-12850-2
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión: Cayfosa (Impresia Ibérica)

Printed in Spain-Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

# CAPÍTULO 1

La calma gris que dominaba el mar arrepentido contrastaba con su alboroto de tan solo unas horas antes. La campana de la iglesia convocaba a una de esas ocasiones en las que la solidaridad de todo un pueblo abraza a sus hijos sufrientes. El viejo remolcador de la hermandad de pescadores, que había salido, afrontando la tempestad, en busca de los restos del pesquero Santa Marta —echado a pique por un oleaje impropio de aquellas latitudes—, regresaba al puerto.

Poco a poco, las mujeres fueron llegando al malecón. La tarde se había cerrado en pesimismo y las nubes plomizas abrumaban el cielo y el ánimo de aquellas gentes. La llovizna castigaba los ateridos cuerpos, como una venganza de los elementos contra los depredadores de las aguas. Temerosa, la luna se asomaba entre las nubes, desparramando flechazos plateados que morían en la oscura superficie del mar ya encalmado. Las mujeres, todas ataviadas de negro como un mal presagio, llegaban escoltadas por sus hijos pequeños, que poco entendían. Quizá solo que aquella tarde su papá se había demorado y su mamá temblaba de miedo e intentaba sorberse las lágrimas, que se confundían con la lluvia.

Cuando el remolcador arribó al malecón, fueron saliendo, en un lento goteo, los tripulantes del Santa Marta. Lo hicieron despacio, con la solemnidad del agradecimiento al destino y la inseguridad de un futuro dudoso. Las familias se abalanzaban sobre cada superviviente, fundiéndose en una ceremonia de llantos y apretaduras, para retornar todos abrazados hacia casa suspirando el alivio del «hoy no nos ha tocado a nosotros».

Así fueron desfilando por delante de la mujer de Vicent Elizaicin. Encarna permanecía plantada en el muelle rodeada

por los brazos de su hijo Florentino, de dieciséis años, y con su hijita durmiendo ajena entre sus brazos.

Y uno por uno la contemplaron de reojo con la conmiseración y la cobardía de los supervivientes.

Salieron los ocho marineros del remolcador. Encarna lo sabía, quizá por ese sentido que desarrollan las esposas de los navegantes. Y se fueron marchando, alejándose de ella y de sus hijos. Como en una cuenta atrás macabra, el último de los hombres asomó, contrito. Los Elizaicin se quedaron solos, en medio del muelle, soportando con estoicismo la lluvia y la ausencia. Tolo Lloret, el patrón del remolcador, un hombre compasivo curtido en mil ceremonias de duelo, se plantó frente a la viuda, la tomó de los brazos y solo miró con limpieza a sus ojos.

Florentino apretó los puños con rabia y a él sí acudieron lágrimas. De impotencia, de rabia, de vacío. Se giró hacia su doliente madre:

—Yo las sacaré adelante.

Aquella noche Florentino Elizaicin, el hijo de Vicent, volvió a jurarse a sí mismo que la mujer que se uniera a él no le esperaría en vano en un puerto anónimo. Y que él sería el sustento de lo que quedaba de su familia. Aunque para ello tuviera que alejarse de aquella España pesimista de 1901 y de aquel pueblo de Villajoyosa, cuyas campanas tañían a muerto por su padre.

# PARTE PRIMERA

# CAPÍTULO 2

Los marineros de Villajoyosa se compadecieron del hijo de Vicent Elizaicin. Los armadores le ofrecieron un puesto de aprendiz en un pesquero, pero el chico estaba lejos de querer enrolarse con los aparejos y jugarse la vida en medio de las olas.

—Yo me iré a hacer las Américas, madre. Les enviaré dinero. Y volveré rico para darles a usted y a Encarni una vida de marquesas.

Su madre derramó más lágrimas por él que por su marido. Bien sabía que si a Florentino se le había metido en la cabeza la idea de marchar, nada podría hacer ella. Ni nadie en el mundo.

Así que, dos semanas más tarde, Florentino se embarcó en el Bahía de Ocoa, un mercante que transportaba corcho, tejidos de algodón y calzado desde España a la República Dominicana y retornaba cargado de tabaco. Florentino se encargó de la ayuda en la cocina, la limpieza y la asistencia al maquinista; y allí comenzó una magnética relación con los motores.

Conforme quedaba atrás la costa levantina, el joven Elizaicin parecía renacer, alejándose del dolor por la pérdida de su padre, la sensación de abandono de su familia y el pesimismo que infiltraba la sociedad española tras el desastre de 1898.

La barandilla del carguero ofrecía un buen lugar para la meditación y el recuerdo. El pueblo iba quedando atrás, reduciéndose poco a poco a un punto oscuro en el horizonte. La inmensidad del mar animaba al muchacho a repasar su pasado, ahora que se cerraba tras él.

La despedida de su madre le había producido una opresión en la garganta, como si un puño de acero le impidiera

respirar. Pero la contemplación de aquella inalcanzable línea azul y la sensación de libertad hacían que el joven Elizaicin se reafirmara cada día en que su destino se hallaba allende los mares:

—Volveré rico.

—Yo no quiero un hijo rico, Florentino. Te quiero a ti, aquí, a mi lado.

—Volveré rico, madre.

Los implorantes ojos de Encarna apenas hacían mella en la determinación del joven, dispuesto a cumplir con lo que creía su misión vital.

Atrás quedaba Vicent, su padre muerto. Hombre bueno, áspero, de intuitiva firmeza. Celoso protector de su familia y pescador por necesidad; de él recordaba una frase, una intención, una constante: «Tu no et faràs peixcaor». Y su abuelo Ricardo, quien le enseñó a leer y logró transmitirle su amor por los libros, primero con aquellos cuentos de Hans Christian Andersen y después con las fantasías de Fernán Caballero. Los libros, ese antídoto de la pobreza, como los llamaba su abuelo: «Ningú que llig es mor pobre».

Todos los niños del mundo deberían tener un abuelo, pensaba Florentino mientras se alejaba de España, deslizándose sobre un bruñido océano Atlántico, plácido y acogedor. Ricardo tuvo la suficiente paciencia y sabiduría para atemperar esa furia que brota del hombre en ciernes y que amenaza con desbaratar su emergencia a la vida.

Así, a base de silencios comprensivos y pequeñas cesiones seguidas de pactos sutiles, el abuelo Ricardo fue encauzando la fiereza del adolescente hacia un terreno más propicio. «El xiquet és bo. Només fa falta esperar que ho demostre.»

Florentino lo demostró poco a poco. Trabajando con su abuelo, ascendiendo con él cada tarde la escalera de la iglesia del pueblo y replanteándose el futuro en clave de esfuerzo y superación.

Justo entonces el destino decidió descargar su martillo sobre la familia Elizaicin.

La travesía del Atlántico se hacía eterna para quien tenía tantas incógnitas y tanto tiempo para reflexionar. La puesta de sol por el oeste fascinaba al joven, que veía cómo el océano engullía el gigante anaranjado hasta el día siguiente, en que emergería ufano, como si se presentara ante él orgulloso. Elizaicin entonces solo albergaba una certeza: había de hacerse rico para retornar a su casa con honor y dinero. ¿Cómo? Ni siquiera se lo había planteado.

El Bahía de Ocoa tocó tierra en la República Dominicana, en Puerto Plata, un villorrio que a Florentino le recordó al pueblecito de pescadores alicantino que lo había visto nacer. El trópico recibió al inmigrante con un chaparrón benéfico, bien diferente de la lluvia que él conocía. Las modestas casitas de muros blancos se apiñaban en torno a un puerto casi tan precario como el de su Villajoyosa. Los tejados, planos, se veían desde el mar salpicados de buganvillas rosas y verdes, que oscilaban cadenciosas con la brisa caribeña. Y un calor dulzón parecía invadirlo todo, como un elemento más del paisaje. Tal vez por eso decidió quedarse allí. Y también porque la fortuna se alió, por primera vez, con el joven.

Las tres monedas de dos reales que le quedaban como todo patrimonio amenazaban con agotarse y condenarlo a la indigencia. Por eso, el chico decidió recorrer cuanta tienda, fábrica o taberna se cruzara en su camino. Y no tardó en tener suerte.

El encargado de la empresa minera era un sujeto obeso, sudoroso, de cuello como el de un toro y frente amplia y despejada. Tenía fama de no regalar las sonrisas y había quien decía que «el gordo» sudaba vinagre. Quizá es que de vivir solo para trabajar se había vuelto arisco. Encaró al chico con la soberbia con que algunos tratan a los menesterosos:

—¿Tú sabes hacer algo?

Elizaicin mintió:

—Todo lo que usted necesite.

El gordo sonrió, por una vez, recorriendo al joven con mirada rijosa.

—Vaya. Así que tenemos aquí al Edison de la minería.

—Puede usted asegurarlo.

Florentino no tenía idea de qué hablaba aquel hombre, pero decidió apostar fuerte. La oficinilla no era más que un cobertizo repleto de herramientas y antiguas lámparas de aceite desechadas. El aspecto era el de una chamarilería, con un desorden en el que sería imposible hallar nada. Y el chico intuyó su oportunidad:

—Si esto al menos estuviera en orden, sería más fácil trabajar. —El envite estaba lanzado.

El gordo lo miró con retranca.

—A lo mejor el señor tendría alguna idea de cómo resolver ese molesto problemilla…

Florentino se levantó, recorrió con lentitud el cobertizo, evaluó los centenares de cachivaches que debía de haber y se volvió hacia el sudoroso capataz:

—Mañana estará perfecto.

El hombre apenas pudo reprimir una carcajada. Aquello siempre había estado así, ¡siempre! De manera que se marchó prorrumpiendo en sus desagradables risotadas:

—Pues si lo ordenas, te contrato.

La noche había sido larga para el joven español, pero el cobertizo comenzaba a presentar un aspecto renovado. Las viejas lámparas de aceite estaban ordenadas en las desvencijadas estanterías y el suelo se había desprendido de una especie de costra negruzca que parecía su inquilino natural. Las paredes enseñaban su color e incluso parecía que el viejo almacén recuperaba un cierto orgullo. Una montañita de utensilios inútiles oxidados testificaba el sudor de más de quince horas.

Casi todo estaba hecho, aunque un enorme aparador de madera maciza, ya descargado de su herrumbroso contenido, se resistía a dejar su sitio prominente en el cobertizo. Por más que Florentino lo empujaba no conseguía acercarlo al rincón que le estaba destinado, por mero sentido de la proporción. Y el muchacho sudaba impotente y se dejaba las fuerzas y las esperanzas de ver recompensado su esfuerzo.

—*Can I help you*?

La voz procedía de la puerta del cobertizo, y al principio no consiguió identificar su origen.

—*Excuse me… My name is Byron.*

Cuando los ojos de Florentino se acomodaron a la oscuridad de la puerta consiguió vislumbrar una dentadura blanca como la cal, que esbozaba una sonrisa literalmente deslumbrante.

—¿Cómo?

—Mí, Byron… Nombre… Byron.

Tras la dentadura, ante la mirada de Elizaicin apareció poco a poco un joven enorme, negro como el azabache y que, con sus gestos, intentaba ofrecerse para ayudar al meritorio. Sin decir más palabras, el joven se acercó al mueble e hizo amago de empujar. Elizaicin se le unió al instante y, los dos a una, lograron arrinconar el dichoso aparador, no sin invertir varios minutos de esfuerzo extremo, sudores y una sinfonía de aullidos y jadeos.

—Florentino…, me llamo Florentino, Byron. Y muchas gracias.

—*You are welcome…*, Florentino.

Ninguno de los dos intuyó en ese momento lo que iba a representar aquel encuentro. Lo que sí supo Florentino en ese instante es que ya tenía empleo.

Las jornadas de trabajo se eternizaban para el joven español. Era el primero en llegar y el último en marcharse. Quizá porque no tenía donde ir y porque dormía en un catre que la empresa le había cedido en el mismo almacén que él había adecentado. El muchacho parecía querer hacerlo todo. Lo mismo afilaba un cuchillo que componía un viejo motor de bramido asmático. Y en sus jefes fue creciendo la conciencia de que Elizaicin igual servía para un roto que para un descosido.

Poco a poco, Elizaicin se fue ganando el aprecio que suscitan los resolutivos y su peculio fue creciendo con lentitud pero con seguridad. Cada mes enviaba la mitad de su salario a su madre, con una breve carta en la que le contaba sus progre-

sos y que acababa indefectiblemente con la misma coda: «Con la mitad de lo que gano me apaño».

Su nuevo amigo Byron le ayudaba en todo cuanto podía. Trabajaban codo con codo y solían acabar las eternas jornadas compartiendo una escudilla de caldo o unas patatas con carne, que el negrote cocinaba con cierta gracia.

A escasa media legua de la minera había un pedregal que se abría en lo alto de un acantilado, desde el que se oteaba la inmensidad del Caribe. Las playas se mostraban eternas, tapizadas de una arena blanca y fina y coronadas por un techo de palmeras que parecían querer alcanzar el rompiente de las olas, con sus troncos estirados como larguísimos cuellos. Allí le gustaba ir a Florentino con su amigo Byron a ver salir el sol algunas mañanas. A Elizaicin le parecía que el sol lavado provenía de su tierra y lo saludaba con alborozo, como si le trajera nuevas de España. Algo en él le decía que allá la vida seguía, lo que no era poco. Byron lo percibía como el vivificante regenerador de cada día. Y el pedregal a aquellas horas, con los reflejos de la luz emergiendo, se coloreaba de un tenue color rojizo.

«Aquí hay hierro», fue el pensamiento que acudió al joven español la primera vez que lo percibió y cada vez que se dirigían a encontrarse con el amanecer. Su trabajo en la minera y su curiosidad le habían ido formando un cierto criterio en lo referente a los metales. La soledad de aquel paraje fascinaba a los jóvenes. En silencio, se sentaban en un saliente rocoso y aguardaban a que el sol completara su redondez sobre la superficie bruñida del Caribe. Los lejanos lamentos de las gaviotas, la brisa benigna que acariciaba sus rostros, la energía del planeta aún somnoliento les hacían acopiar fuerzas para encarar aquellos días de esfuerzo y entrega, aderezados con la ilusión de la juventud y con la ambición de quien siente que posee toda una vida por delante.

Una mañana en la que el sol se levantó especialmente vehemente, la tierra del pedregal pareció convertirse en una ho-

guera, con iridiscentes reflejos escarlata. Florentino se agachó y tomó un puñado, mostrándoselo a su amigo. Su respuesta acabó de convencerlo:

—*Iron!*

Florentino se enteró de quién era el dueño de aquel erial y se presentó ante él:

—Quiero comprarle el pedregal de Puerto Plata, el que está sobre el acantilado del Luperón.

Augusto Vásquez Lájara miraba al mequetrefe español con indisimulada hostilidad. Le molestaba que alguien husmease en sus propiedades, incluso que siquiera osara pensar en desposeerle de uno de sus feudos. Y más un español…

—¿Para qué quieres tú mi pedregal?

Florentino no ocultó sus intenciones.

—Pretendo perforar en busca de hierro.

El terrateniente frunció el ceño, se levantó y tomó un mapa de la isla en el que sus posesiones estaban coloreadas en verde. Lo extendió en una mesita y allí pudo contemplar Florentino las propiedades del latifundista, que teñían más de media isla. Buscó la zona del Luperón y comprobó que contenía una gran parcela, alrededor de treinta y una tareas, el equivalente a diecinueve mil metros cuadrados. Al lado, manuscrita con lápiz, constaba una anotación: «Baldío».

Don Augusto miraba alternativamente el mapa y al muchacho, desconcertado.

—¿Hierro?

—Sí, creo que allí hay hierro.

—¿Qué sabes tú de hierro?

Florentino pareció crecer unos centímetros antes de responder:

—Trabajo en la minera de Puerto Plata.

—Ya…, en la minera…

Vásquez no podía dejar de preguntarse si aquel badulaque no sería un lunático o si estaría fabulando a su costa. De modo que decidió espantarlo por la vía más expedita que conocía:

—El pedregal cuesta novecientos pesos.

Florentino hubo de reprimir un escalofrío. Aquel era todo un capital. Sus ahorros apenas superaban los trescientos pe-

sos. Y eso que para lograrlos no había regateado esfuerzo, había trabajado de sol a sol, aceptado encargos relacionados con su habilidad para la mecánica, laborado siete días a la semana y casi diecisiete horas al día. Él solo deseaba en el mundo aquel pedregal, de corazón férreo. Allí, cuando iba a ver amanecer, se había imaginado reinando sobre un imperio metálico, próspero, respetado y… rico. Pero novecientos pesos…

No lo dudó un instante. Se restregó la sudorosa mano derecha en el interior del bolsillo de su pantalón de trabajo y se la alargó a don Augusto:

—¡Trato hecho! Aquí tiene trescientos pesos. Conseguiré el resto del dinero.

El perplejo terrateniente no pudo más que extender la suya y estrechar la del sonriente español, mientras cogía con la otra mano los billetes arrugados, dudando desde ese mismo momento si realmente estaba ante alguien cuerdo.

Byron G. King se había librado de los tiburones porque en el barco en el que «se enroló» de polizón lo descubrieron con la costa de Puerto Plata a la vista, en 1898. Y allí lo habían desembarcado, creyendo el capitán que hubiese sido más piadoso entregarlo a los escualos. Pero el «negrote», como le conocieron en la isla, pronto consiguió la estima de sus habitantes. Trabajador, lo que destacaba de él era su optimismo: siempre exhibía su sonrisa limpia, en la que mostraba dos filas de dientes blanquísimos, fueran cuales fuesen las circunstancias. Su argumentación no podía ser más clara, y la chapurreaba en su peculiar español a quien quisiera escucharla: «Yo tenía que estar en la barriga de los tiburones desde hace tres años. Así que todo lo que me pase estará bien, mejor que estar muerto».

Florentino y Byron se hicieron amigos inseparables. Al negrote le gustaba contar historias que había escuchado a su madre, de los tiempos en los que los suyos vivían en África, y lo hacía en un cautivador inglés que hechizó enseguida a Florentino.

—Enséñame a hablar como tú.

Era la primera vez que alguien le pedía algo semejante. Hasta entonces, más bien al contrario, la gente se enfurecía si le hablaban en algo que no entendía.

—Mi abuelo decía que un hombre vale por tantos como idiomas habla.

A partir de entonces, Florentino y Byron conversaron en una especie de mezcla de español e inglés que servía a ambos para aprender el idioma del otro. Tal vez por las palabras proféticas de su abuelo o porque el propio Florentino intuía en aquel idioma la llave del mundo.

Lo cierto es que a ambos jóvenes se los veía siempre juntos. Aunque no había en toda la isla dos personas más diferentes: el norteamericano tenía la piel negra y el pelo ensortijado y Florentino, ojos verdes fulgurantes y cabello castaño un punto lacio. El negrote rozaba los dos metros, mientras que Florentino apenas alcanzaba el metro setenta. Byron mostraba rasgos gruesos, ojos redondos, nariz y labios carnosos; en cambio, Florentino poseía ojos almendrados, labios finos y nariz contenida. Las manos del norteamericano eran grandes y ásperas como palas, las del muchacho español se presentaban delicadas, de dedos largos y finos y uñas razonablemente cuidadas. Byron era un vitalista utópico, empeñado en el presente, y Florentino vivía obsesionado con el futuro, aferrado a la firme convicción de que se recoge lo que se siembra. Byron era extremadamente alegre; Florentino, un tanto melancólico.

Y, claro, aquello constituía motivo de chanza para mentes mezquinas, como el malasombra capataz obeso: «Si parecéis las teclas de un piano…».

Ciertamente su aspecto difería como el día y la noche, y hasta sus caracteres eran opuestos. Pero en ambos florecía una nobleza a prueba de golpes del destino y una ambición arrasadora. Y los dos eran trabajadores y ansiaban la felicidad.

Ambos eran en aquel entonces empleados de la minera de Puerto Plata, poco más que braceros. Se encargaban de todo lo que se les ocurría a sus superiores. Byron aceptaba de buen grado cualquier encargo, mientras que el español era un tan-

to más… remilgado. A lo mejor porque sus orígenes les predisponían de diferente manera. Byron era hijo de esclavos y jamás había gozado de libertad. De hecho, no tenía asumido ese concepto.

—Yo siempre he sido un esclavo, Florentino. Y antes que yo, mis padres y mis abuelos. —Lo decía con naturalidad, asociando a sus palabras una sonrisa blanca y sincera, de alguien que valora su vida como una concesión—. Cuando me marché de Abbeville…

—¿Por qué te fuiste de tu tierra, Byron?

Cada vez que le hacía esa pregunta, el gesto del negrote se tornaba melancólico, hasta que ese día decidió, por fin, volver sobre su pasado.

—Me tuve que marchar. Cometí un gran error.

El silencio de Florentino era una incitación a descorrer el velo de la memoria del joven norteamericano. Eso suponía un intenso sufrimiento, como el que se experimenta al despegar una venda que se ha soldado a una herida.

—*My boss* llegó una noche a nuestra cabaña. Mi padre y yo trabajábamos en una plantación de maíz, mi madre había muerto hacía solo ocho meses y mi hermana cumplía ese día trece años. *My boss* estaba borracho y exigió ver a Rhonda. Cuando apareció la atacó, le rompió el vestido y quiso «estrenarla», como decía, casi sin vocalizar. —La sonrisa de Byron ya se había esfumado y su mueca se aproximaba mucho al dolor—. Yo le rogué llorando que la dejara. Mi padre se arrodilló con los brazos en cruz y aullaba, pidiéndole a su Dios que protegiera a su hija, que él no lo podía hacer. ¿Te das cuenta, Florentino? Un hombre rogándole a Dios para que haga lo que él ha de hacer. ¿Se puede confiar en un Dios que abandona a sus hijos en manos de gentes así?

Florentino miraba a su amigo a los ojos. No tenía las respuestas que él buscaba.

—Yo vi a mi padre postrado y me di cuenta de que la vida y la honra de mi hermana dependían de mí. Le rogué, Florentino, le supliqué una y otra vez, te lo aseguro. *My boss* estaba enloquecido. Solo reía y le decía a mi hermana que le iba a gustar él más que los «asquerosos negros con los que te vas

a revolcar». —Los ojos de Byron se humedecieron con el dolor de sus recuerdos—. Le golpeé. Intenté aturdirle nada más, no hacerle daño. Pero le brotó sangre de un oído, y *my boss* se marchó en su caballo, furioso. Aunque lo peor fue la reacción de mi padre: se plantó en medio de nuestra cabaña, me miró con ojos de odio y comenzó a bramar, como un sermón de los que escuchábamos los domingos: «Nos has deshonrado. Nos has condenado a muerte. Tu acción caerá sobre nosotros y nuestros descendientes. Vete, márchate de nuestro lado y no vuelvas jamás».

Byron respiró hondo, como intentando pasar la página de aquel suceso.

—Bueno, ya ves dónde he acabado… —La sonrisa volvió al rostro de Byron, exorcizados sus fantasmas—. Estuve a punto de que me arrojaran a los tiburones en un mercante en el que me enrolé… —Ahora profirió una carcajada, ya franca—. Me enrolé como polizón, en realidad. Y el destino me ha traído hasta aquí. Por algo habrá sido, ¿no crees?

Florentino sonrió y palmeó el muslo de su amigo, contagiándose de su risa.

—¡Estoy seguro! Ah…, Byron… —El gesto del español se hizo solemne—. Si te sirve de algo, no creo que cometieses un error.

Byron devolvió a su amigo una nueva sonrisa, realmente cautivadora.

La República Dominicana de principios de siglo se parecía a la España del desastre del 98 como todos los países melancólicos se asemejan en pesimismo y hastío.

La nación caribeña había sufrido los avatares de un convulso siglo XIX. Una larga guerra de independencia la abocó después a una nueva anexión a la Corona española, retornando al estado colonial. España abandonó la isla definitivamente en 1865 dejando un país en guerra permanente, acumulación de deudas, revueltas militares e intervención norteamericana. A principios del siglo XX, el país era manejado por gobiernos breves, encabezados por caudillos regionales; un Estado en

bancarrota amenazado por sus múltiples acreedores europeos.

Unos días más tarde, los dos jóvenes se hallaban en el cobertizo que les servía de lugar de trabajo, de esparcimiento y hasta de dormitorio ocasional. La jornada había concluido y los hombres charlaban de sus cosas, ejercitando el inglés en el que Florentino progresaba con asombrosa rapidez.

—*You are an excellent apprentice.*

—*Maybe because you're a good teacher.*

Los amigos estaban concentrados leyendo *La cabaña del tío Tom*, una novela que Florentino había hallado en una vieja librería de lance y que había regalado a su amigo Byron, con la secreta intención de que sirviera también para su propia instrucción. El libro relataba la historia de un esclavo negro en Norteamérica y destacaba sobre cualquier otra consideración la inmoralidad de la esclavitud.

Florentino tenía alguna dificultad con el párrafo en el que se describía la preciosa cabaña de madera, y vocalizaba con lentitud mientras Byron le corregía paciente: «La cabaña del tío Tom era un edificio pequeño de madera. Tenía una huerta pulcra delante donde en verano medraban, con esmerados cuidados, fresas, frambuesas y abundantes frutas y verduras. Toda la parte delantera estaba cubierta por una gran bignonia escarlata y un rosal de pitiminí que, enroscándose y entrelazándose, apenas dejaban vislumbrar los ásperos troncos de la fachada».

En aquel momento apareció por el cobertizo el encargado de la minera. «El gordo» andaba con un cierto tambaleo, diferente de su firmeza habitual. Más sudoroso aún que de costumbre y con la mirada perdida, irrumpió en la precaria sala.

—¡Tú!… —miró a los dos muchachos y su dedo se dirigió, quizá sin pensarlo, presa de un ancestral prejuicio, hacia Byron—, tú, sí, el negro. Te vas a venir conmigo a mi casa, que necesito que me hagas un trabajo.

Florentino había escuchado una especie de leyenda que nadie quería confirmar acerca de las visitas del gordo. «Solo cuando bebe, solo entonces busca a alguien que le acompañe por las noches. Siempre algún empleado joven de la minera, al que al día siguiente despide con una excusa ridícula.»

Florentino recordó aquellas palabras, que le golpearon casi tanto como la inocente sonrisa de su amigo Byron. Y se levantó de su silla interponiéndose entre el negro y el encargado.

—Patrón…, hoy es domingo. Hemos acabado hace un rato la faena. Déjenos descansar…, por favor.

Pero los vidriosos ojos del gordo ya se habían fijado en su nueva presa. Esta vez, un muchachote fornido y diferente. No estaba dispuesto a dejarlo escapar.

—No estoy hablando contigo, Elizaicin. —Con mirada lujuriosa encaró a Byron—. Negro, ¡vamos!

En ese momento, Florentino recordó un pasaje de *La cabaña del tío Tom* en el que Tom, por desobedecer las órdenes de su nuevo dueño, el brutal Legree, es azotado cruelmente hasta quedar moribundo. El joven Shelby llega demasiado tarde para rescatarlo y lo encuentra al borde de la muerte. Entonces vio claro cuál era su responsabilidad para con su amigo:

—Nadie va a ir a ningún lado con usted. Váyase a casa y duerma la mona.

El encargado apenas podía creer que un muchachito al que había acogido y dado trabajo se rebelara contra su autoridad. Lo miró con extrañeza y se llevó la mano hacia el cinturón, donde se insinuaba un cuchillo de filo reluciente.

—Mirad, muchachos, será mejor que haga como que no he escuchado nada. Tú te vienes conmigo y asunto concluido. —Ahora parecía que el efecto del alcohol había remitido un tanto—. Porque si he oído lo que creo que he oído —con lentitud asomó el filo del puñal—, vais a tener problemas los dos…, graves problemas…

Byron se levantó de su asiento hasta alzarse en sus casi dos metros y contempló al gordo desde su atalaya. Recordó una noche en Louisiana en la que la iniquidad se vistió de autoridad y miedo y se confabularon para arruinar su vida. Ahora, alguien —por primera vez en su existencia— se había arriesgado por él. Sin dejar de mirar el cuchillo, que ya se exponía arrogante, tomó una enorme maza de madera y piedra y la levantó sobre su hombro:

—Será mejor para todos que guarde usted su cuchillo y nos deje en paz.

Los ojos del gordo destellaban de rabia y parecía que su boca iba a llenarse de espuma. Entonces, el encargado, contemplando al gigante que se erguía ante él, dio media vuelta y se marchó.

Florentino se sentó, tomó el libro y siguió leyendo: «También en verano multitud de vistosas plantas anuales, como caléndulas, petunias y dondiegos de noche, encontraban un rincón donde desplegar su esplendor y eran el deleite y el orgullo de la tía Chloe».

Byron habló con una solemnidad que jamás había utilizado en su vida:

—Sabes que lo que has hecho te va a costar el empleo, ¿verdad?

Florentino apartó la vista de las ajadas páginas del libro y se encaró con su amigo.

—A los dos, seguramente.

—Pero tú te has gastado todo lo que tenías en el pedregal. Y ahora no vas a poder pagar el resto… ¿Por qué te has arriesgado por mí?

Florentino sonrió y le habló con naturalidad.

—Porque eres mi amigo. Porque no estoy dispuesto a permitir que se repita la escena de tu casa, o la historia del tío Tom. O ninguna en la que un hombre abuse de otro en nombre del color de su piel o de sus creencias. No mientras yo pueda evitarlo.

—Pero te vas a quedar sin trabajo. ¡Y sin pedregal! —Byron insistía.

—¿Trabajo? ¿Pedregal? ¡Dignidad! Eso es lo realmente importante. El trabajo se irá, y vendrá otro. Aparecerán nuevos proyectos. Pero si perdemos la dignidad, esa jamás volverá.

Byron G. King no pudo contener la emoción. Se aferró a su amigo en un abrazo tan intenso que amenazaba con romperle alguna costilla.

Al día siguiente, los dos jóvenes fueron despedidos de la minera de Puerto Plata. El capataz parecía disfrutar mientras

contemplaba como los dos amigos recogían sus escasas pertenencias de la empresa. Cuando ya salían por la puerta, el gordo revolvió en un cajón y le lanzó a Florentino Elizaicin un pequeño paquete.

—Llévate todo lo tuyo, Elizaicin. No dejes nada aquí —dijo, despectivo.

El español recogió un sobre que había llegado a su nombre hacía algunas semanas. Se trataba de un paquete envuelto en papel de estraza, que había tardado más de un mes en cruzar el Atlántico. Florentino lo desenvolvió nervioso y ya el olor le predijo su contenido: una raqueta de hueva de corvina y otra de mojama de atún: «Tus preferidas, hijo mío. Tu hermana y yo estamos bien, nada nos falta. El Señor me ha enviado trabajo en varias casas del pueblo y Encarni ha podido empezar en la escuela pública de la *Creueta*. Así que tú sabrás emplear mejor que nosotras tu generosidad».

En el paquete había un sobre que albergaba doce billetes de cien pesetas, cinco de cincuenta y cuatro de veinticinco. Exactamente el capitalito que Florentino había ido enviando a su madre en los últimos treinta meses. El muchacho experimentó una sensación agridulce: su madre desbarataba su principal motivo para emigrar, aunque no le sorprendía: su orgullo provenía de su línea materna.

Con ese dinero superaba por poco los seiscientos pesos que necesitaba para adquirir su ansiado pedregal, compra que rubricó ante un nuevamente sorprendido Vásquez Lájara, cuya duda, esta vez, se concretó en pensar si había hecho buen negocio al vender aquel pelagartal, aunque fuese a ese precio.

Florentino se sintió exultante tras aquella adquisición. Todos sus ahorros se habían marchado de repente, transmutándose en un erial de aspecto infecundo, una apuesta al todo o nada. Pero la ambición de ser propietario de un trozo de tierra es algo que seguramente todos los humanos llevamos impreso en nuestros genes. Quizá por eso el muchacho español se sintió feliz.

Aquel fue el segundo golpe de suerte en la vida de Florentino Elizaicin.